figurar, muy amante de su hermano y grande admirador de sus hechos, pero usando del amor fraternal como medio de aumentos en el renombre y la fortuna de su familia, y muy especialmente de su propia persona. Viéndose con este eclesiástico el conde de Toreno, su paisano, le persuadió de que los hombres de la revolucion jugaban con el general su hermano, empleándole como instrumento de desorden y del logro de agenos interesados fines, cuando por el contrario el gobierno, justo apreciador de sus merecimientos, y aun, prendado de sus dotes, solo deseaba verle para hacerle las honras todas de que era digno. Así aduló la vanidad de ambos hermanos el diestro negociador, y aun, si no mintió un rumor bastante fundado, entre las promesas hechas al canónigo si salia bien de su encargo, las hubo tales que le dieron esperanza de una mitra.

Pero mientras la negociacion estaba pendiente, pasando á la isla Gaudiana el encargado de entablarla y llevarla á cima, en Madrid la oposicion al gobierno por su providencia contra el interés de la revolucion se presentaba fogosa y arrogante, y el auxilio con que contaba, segun las noticias recibidas, era seguro. Las representaciones de Cádiz y sus cercanías, así del ejército como de los paisanos, habian llegado, y si su tono distaba de ser irreverente, no se acercaba la sustancia de ser contenido, ni con mucho, á prometer la debida obediencia. Algunos periódicos volvian por la causa del ejército libertador, y la sociedad de la Fontana la habia hecho suya, influyendo en ella con sus declamaciones no solo Galiano, en quien al tratar de tal cuestion iban hermanados el fanatismo con el interés, este último mas peligroso por no ser grosero ni estar del todo claro á la conciencia de aquel á quien movia, sino aun á los demas oradores menos directamente interesados en la disputa. Todos los liberales acalorados iban poniéndose de la misma parte, siguiendo la voz que halagando sus pasiones era para ellos mas poderosa. Numerosas clases de constitucionales se adherian con todo al gobierno, y además los amantes de la monarquía y del rey, desde los apasionados al gobierno absoluto hasta los que le deseaban limitado en una ú otra manera, alzaban la voz vituperando el desman de los revolucionarios insolentes con su pasado triunfo, y ponderando la necesidad de poner el peso de la ley sobre la cerviz de gentes cuya fuerza nacia de haberla quebrantado con impunidad, y hasta sacando gloria y ventaja. Estos auxiliares no fueron muy gratos al ministerio, sino al revés, pues tanto miedo le causaban cuanto los liberales empeñados en resistirle, no sin causa recelando que en el triunfo comun cobrasen poder amigos poco sinceros y muy peligrosos, y aspirando á convertirse en dominadores, ó llegasen á serlo, ó sirviesen en lo sucesivo de embarazo considerable. Así, segun iban estrechándose las distancias, y llegando el momento en que se hacia forzoso compeler de cualquier modo al ejército libertador á disolverse, los ministros sentian inquietud y desazon, á punto de entrar en la próxima lid con desventaja, porque entrarían sin fé y quizá sin gran deseo de la victoria. Sabíanlo los revolucionarios, y quietos esperaban el triunfo, resueltos á alcanzarle por la fuerza de una desobediencia inerte. Esto habia determinado el gobierno de la sociedad secreta, bien